

## CAPÍTULO VI.

### CONVERSION DE LOS GODOS AL CATOLICISMO.

FUENTES.—Además de las generales, san Gregorio Magno: *Dialogorum*, libro III, cap. XXXI (pág. 343, tomo II, edicion de París de 1703).—Id.: Epistolas á san Leandro y Recaredo.—Paulo Diácono: *De vita et miraculis Patrum Emeritensium*.—*Vida del obispo Massona* (cap. IX).—Concilio III de Toledo. (Véase ap. Loaisa, pág. 198 y sig.).

TRABAJOS SOBRE LAS FUENTES.—Mariana, lib. V, cap. XI hasta el XIV inclusive y fin del libro.—Florez: *España sagrada*, tomo IX, cap. VI, § 23.—Id., tomo XIII, cap. VIII, § 38.—Sempere: *Historia de la legislación española*, edicion de Madrid de 1844, cap. VIII, IX y X.

#### § LXXV.

##### *Leovigildo.*

Cinco meses despues de la muerte de Atanagildo lograron, por fin, los godos ponerse de acuerdo en la eleccion de sucesor, prevaleciendo el partido narbonense, que eligió á Liuva (ó Liavano), el cual fijó su corte en la Galia Gótica (567). La necesidad de vigilar á los imperiales, que ocupaban las costas de Cartagena, le hizo conocer cuán importante era poner un monarca en España contra ellos; temiendo quizá por otra parte el carácter duro é impetuoso de su hermano Leovigildo, que contrastaba con el suyo pacífico y templado. Así es que á los dos años de su exaltacion al trono puso por rey de España á su hermano Leovigildo; mas habiendo muerto Liuva poco tiempo despues, quedó aquel por dueño de todo el imperio godo, tanto en España como en Francia.

La reunion de tantas fuerzas dió ánimo á Leovigildo para acometer empresas militares, en que siempre le fue propicia la fortuna. Á él hay que considerar, á pesar de su tiranía, como el fundador de la unidad y nacionalidad española. Enemigo de los imperiales, si no los expulsó de España, por lo menos redujo sus conquistas, y les arrebató lo que ocupaban en la Bética. Esta lucha de la barbarie goda

con la ilustracion bizantina fue ventajosa para la civilizacion de España. El mismo Leovigildo adoptó no pocas costumbres de sus enemigos, y en especial un aparato régio asimilado al de la corte de Justiniano. La Providencia ha condenado á los pueblos ignorantes á rendir párias á los mas ilustrados, aun cuando los hubiesen vencido por la fuerza; y no pocas veces en esta lucha de la inteligencia con la ignorancia los vencedores han sucumbido á los vencidos, afectando sus costumbres y maneras. Los historiadores que por rebajar á Recaredo le han acusado de su amaneramiento griego, no han tenido en cuenta este principio, que mas bien que filosófico llamaré providencial.

#### § LXXVI.

##### *San Hermenegildo.*

Leovigildo habia casado en segundas nupcias con Gosvinda, la viuda de Atanagildo, arriana endurecida en su error. Ni los sentimientos católicos que se albergaban en el corazon de su primer esposo, y la conversion de sus dos malogradas hijas Galsvinda y Brunechilde, habian logrado atraer á la verdad su corazon extraviado.

De su primer matrimonio <sup>1</sup> tenia Leovigildo dos hijos, Hermenegildo y Recaredo. Ingunde, mujer del primero, era hija de la desgraciada Brunechilde y de Sigeberto rey de Metz: en vano su obstinada abuela se empeñó en hacerla apostatar del Catolicismo, llevando su intolerancia hasta el punto de maltratarla á golpes. A fin de evitar estas discordias domésticas Leovigildo tomó el partido de enviar á su hijo, para que viviera en Sevilla con aparato régio. En el ánimo del astuto político debia entrar por mucho el deseo de afianzar de este modo en su raza la sucesion hereditaria.

Los consejos de san Leandro y las cariñosas exhortaciones de su esposa hicieron por fin á Hermenegildo abrazar el Catolicismo. La noticia de su conversion exasperó á Leovigildo: negóse el hijo á comparecer ante su padre, y se preparó para lidiar contra el ejército godo. Pujante debia ser el partido católico en Sevilla, cuando pudo resistir por dos años al obstinado sitio del Monarca arriano. Abandonado Hermenegildo de los imperiales, que le vendieron por 30,000 sueldos de oro, y del suevo Miron, que de aliado se tornó enemigo, hubo

<sup>1</sup> Acerca de esto véase Masdeu, tomo X, § 78.

de huir de Sevilla. Perseguido de ciudad en ciudad, fugitivo y vencido en todas partes por su padre, mejor guerrero y mas afortunado, Hermenegildo hubo de entregarse, mediando su hermano Recaredo, que le ofreció á nombre de su padre no causarle vejacion ni molestia alguna. Bajo este salvoconducto salió de la iglesia donde se habia refugiado, y recibió el ósculo de su padre. Poco despues despojado de sus vestiduras régias y en traje vil condújole á Toledo, quizá por satisfacer el odio rencoroso de Gosvinda.

Desterrado á Valencia con un criado, sacó nuevamente la espada contra su padre, apoyado otra vez por los imperiales. Aunque el padre fuese arriano y el hijo católico, la Providencia no quiso favorecer al que alzaba la mano contra el autor de sus dias, y turbaba por causas de religion la tranquilidad del país. Los restos de la barbarie goda y resabios de las antiguas creencias no le dejaban comprender el espíritu de mansedumbre, resignacion y humildad, que caracterizan el verdadero espíritu del Cristianismo, enemigo de sangrientas luchas.

Los escritores contemporáneos suyos y los mismos Santos de aquella época <sup>1</sup> reprenden su conducta con palabras muy ásperas y calificaciones tan duras, que no debemos ya reproducirlas, tratándose de un sujeto á quien la Iglesia justamente colocó en sus altares. Si el levantamiento contra su padre merecia un castigo, su entusiasmo religioso merecia un premio, y uno y otro se reunieron en su martirio: lavó la mancha con su propia sangre.

Vencido y fugitivo, trataba de pasar á Francia á guarecerse al lado de los parientes de su mujer. Mas habiendo sido preso, se le cerró en una cárcel de Tarragona. Al aproximarse la Pascua <sup>2</sup>, Leovigildo envió á su hijo, y á eso de media noche, un obispo arriano,

<sup>1</sup> Véanse los autores citados en las fuentes y á san Isidoro en el apéndice n. 10.

<sup>2</sup> Acerca de la fecha de su martirio, véase Florez: *España sagrada*, tomo VI, nota 2.<sup>a</sup> al *Cronicon* del Biclarense.

Florez presenta el escrúpulo de que no pudo seguirse el martirio inmediatamente á la repulsa que por la noche dió al obispo arriano, porque sospecha que Leovigildo estaba ausente. Pero la narración indica mas bien que estaba en Tarragona, lo cual parece mas natural habiendo ido á perseguir á su hijo hasta Valencia, donde fue preso. Exige de los contrarios que prueben que estaba en

á fin de que le diese la Comunion: negóse á ello Hermenegildo con católica entereza, y el padre entonces dirimió la cuestion por mano del verdugo (586). Los volterianos, que ensalzan á Leovigildo, y no hallan términos bastantes para denigrar la conducta de su hijo, se abstienen de calificar este horrible parricidio y la intolerancia de su pretendido filósofo: por lo que hace á los Católicos, se muestran mas consecuentes, pues sin aprobar la rebelion del hijo, miran al brillo de su auréola mas que á las sombras de su fugaz corona.

### § LXXVII.

#### *Persecucion de los Católicos por Leovigildo.*

Al ver Leovigildo estallar la guerra civil con un carácter religioso, trató de cortarla por medio de un concilio que reunió en Toledo (580). Los Obispos allí congregados eran arrianos, y para atraerse á los Católicos aparentaron modificar su error. Prescribieron que no se rebautizase á los que pasaran á su secta, sino que se les impusieran las manos, y en vez del *Gloria Patri* católico, se dijera: *Gloria Patri per Filium in Spiritu Sancto* <sup>1</sup>. Hubo católicos, que por política y codicia, mas que por miedo, apostataron de la fe.

Apoyado san Hermenegildo por el partido católico, á que pertenecian los españoles, hubo de considerar Leovigildo como enemigos suyos á cuantos seguian aquella comunión. De aquí la persecucion violenta contra aquellos, exacerbada por Gosvinda, á quien culpan en

Tarragona: el mismo derecho habia para exigirle á él que probase que no estaba.

La narracion de san Gregorio Turonense (lib. V, n. 39 y sig.) donde habla de la persecucion de los Católicos por Leovigildo y muerte de su hijo, parece indicar la proximidad de Leovigildo, y lo mismo la de san Gregorio Magno, que es el que descende á mas pormenores sobre el martirio.

<sup>1</sup> Biclarense (á 580): «Leovigildus Rex in urbem Toletanam synodum Episcoporum sectae Arianae congregat et antiquam haeresim novello errore emendat, dicens: De Romana Religione ad nostram catholicam Fidem venientes non debere baptizari, sed tantum modò per manus impositionem et communionis perceptionem abluí, et gloriam Patri per Filium in Spiritu Sancto dari. Per hanc ergò seductionem plurimi nostrorum cupiditate, potius quàm impulsione in Arianum dogma declinant.» Las *nostra Catholica Fides* son puestas en boca de los herejes, que pretendian ser ellos los católicos.

gran parte de tales tropelías <sup>1</sup>. Muchos Obispos fueron lanzados de sus sillas: la historia mira como confesores de esta época al célebre Massona, anciano vigoroso y enérgico obispo de Mérida, contra quien se ensañó la furia de Leovigildo <sup>2</sup>; el no menos célebre san Leandro de Sevilla, su hermano san Fulgencio de Écija, y también Liciniano y Fronimio, obispos de Cartagena y Agde. No pocos católicos fueron atormentados hasta perder su vida.

Uno de los vicios dominantes de Leovigildo era la codicia, compañera por lo comun de la crueldad. Aun por motivos políticos solia el filósofo Leovigildo decapitar á los mas nobles de los godos, y apoderarse de sus bienes, habiendo enriquecido considerablemente el fisco con su rapacidad desmedida. La persecucion contra los Católicos dió ocasion á Leovigildo para saquear los bienes de las iglesias y monasterios, sin respetar los privilegios <sup>3</sup> que la tolerancia de algunos de sus antecesores les habia otorgado á pesar de su distinta creencia. Por desgracia, en medio del valor que los Obispos españoles desplegaron contra el tirano, tuvo la Iglesia de España que la-

<sup>1</sup> «Magna eo anno in Hispaniis persecutio fuit, multique exiliis dati, facultatibus privati, verberibus adfecti, ac diversis suppliciis trucidati sunt. Caput quoque hujus sceleris Gosvintha fuit.» (San Gregorio Turonense, lib. V *Histor. Francor.*, n. 38 al 39).

<sup>2</sup> Véase acerca de este célebre Prelado en el tomo XIII de la *España sagrada*, capítulo último, el tratado de Paulo Diácono, *De vita et miraculis Patrum Emeritensium*. Este tratado está escrito con candorosa credulidad; por lo que se deben leer muchas de las cosas que refiere acerca de los hechos de Massona, con algun detenimiento. Por ejemplo, el modo de salvar la túnica de santa Eulalia, que dice empleó Massona, ciñéndosela al vientre, parece tan extravagante como irreverente, y no salva al Obispo de una mentira indigna de su virtud y energía. Durante el destierro de Massona por tres años, ocupó su silla el obispo intruso Nepope; y despues el contumaz Sunna.

<sup>3</sup> «Denique Arianæ perfidiæ furore repletus, in catholicos persecutione commota, plurimos Episcoporum exilio relegavit. Ecclesiarum bona et privilegia abstulit, multos quoque terroribus in Arianam pestilentiam impulit, «plerosque sine persecutione illectos auro rebusque decepit.» Es difícil explicar lo que aquí dice san Isidoro acerca de los privilegios de las iglesias, lo cual supondria una gran tolerancia, y casi proteccion de parte de algunos reyes arrianos. San Hermenegildo se refugió en una iglesia, y no es probable que se acogiese en una arriana, lo cual da á entender que respetaban el derecho de asilo, como lo respetaron en Roma las huestes de Alarico.

mentar la vergonzosa caída del obispo de Zaragoza, Vicente, segundo de este nombre en aquella sede <sup>1</sup>. Dejóse rebautizar aquel débil Prelado, arrastrando con su ejemplo á otros muchos <sup>2</sup>. Indignados justamente contra su apostasía, escribieron contra él, Severo, obispo de Málaga, y Liciniano, de Cartagena. Este huyendo de Leovigildo marchó á Constantinopla, donde murió envenenado.

### § LXXVIII.

#### *Los cuatro santos hermanos.*

FUENTES. — Florez: *España sagrada*, tomo IX, especialmente el capítulo último de la regla de san Leandro á su hermana Florentina en el apéndice 5.º de dicho tomo.

En la conversion de los godos al Cristianismo representó el papel mas importante el santo metropolitano de Sevilla, Leandro, de quien ya se hizo mencion al hablar de san Hermenegildo.

Cuatro eran estos santos hermanos, y á los cuatro los venera la Iglesia en sus altares: Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina. El consignar la multitud de patrañas, que acerca de ellos se han vertido, seria harto prolijo é impertinente, cuanto mas el rebatirlo ajeno de

<sup>1</sup> «Ausus quoque inter caetera haeresis suae contagia, etiam rebaptizare Catholicos, et non solum ex plebe, sed etiam ex Sacerdotalis ordinis dignitate, «sicut Vincentium Caesaraugustanum de Episcopo apostatam factum, et tamquam à coelo in infernum projectum.» (San Isidoro: *Hist. Gothor.*, an. 368).

<sup>2</sup> El P. Fr. Lamberto de Zaragoza (tomo IV del *Teatro histórico de las iglesias de Aragon*, pág. 126) trata de atenuar el delito del obispo Vicente, apoyándose en las razones que alegó el Dr. Espes en su *Historia manuscrita*, archivada en el Cabildo de Zaragoza. Pero el que no fuese condenado en los Concilios de aquella época, lo único que puede probar es que se habia arrepentido (caso de que viviera), pero no que dejara de ser hereje y apóstata.

La estupenda noticia que da allí Fr. Lamberto, refiriéndose á Briz, de que hasta la época de Leovigildo habia estado Zaragoza sujeta á la dominacion romana, manifiesta que aquel Padre no solamente no conocia la historia general de España, pero ni aun la particular de Zaragoza. Desde que Eurico expulsó á los romanos de la provincia Tarraconense, mal pudieron aquellos seguir mandando en Zaragoza. Además de esta razon óbvia, san Isidoro dice expresamente que Eurico se apoderó de Zaragoza. (*Historia Gothorum*, an. 466). «Inde Pam-pilonam et Caesaraugustam misso exercitu capit.» Citamos este pasaje para «que se vea lo que se puede fiar de ciertas historias. *Ex ungue leonem.*

nuestra obra <sup>1</sup>. Su padre se llamaba Severiano, y los nombres latinos de todos los individuos de la familia indican bien claramente que pertenecían á la raza vencida. Qué motivos obligaron á su piadosa madre á salir de Cartagena y venir á Sevilla, se ignoran completamente. La Providencia, que habia traído á las costas de Galicia al húngaro Martín para convertir á los reyes suevos, hacia venir á Sevilla al virtuoso Leandro para que purificara del error la casa de Leovigildo. La peregrinacion y los trabajos abrieron los ojos del alma á la piadosa madre, que se propuso morir en el sitio donde habia conocido á Dios. La residencia en Cartagena y entre los griegos imperiales debia tener algo de funesto para aquella santa familia, cuando san Leandro exhortó á su hermana Florentina con cariñosas palabras á que no vuelva los ojos hácia el país natal; poniéndole á la vista el escarmiento de la mujer de Lot.

Deseoso de mayor recogimiento y estudio, se retiró Leandro á la soledad del claustro: formábase en la oscuridad el que habia de alumbrar las tinieblas del Arrianismo godó y lucir en el candelero de la Iglesia española. Era persona de grande erudicion, austeridad de costumbres y dulzura en su trato: sus relevantes prendas y la eficacia de sus razones decidieron la conversion de Hermenegildo. Al estallar la guerra civil, por este motivo, Leandro hubo de marchar á Constantinopla á impetrar socorros en favor de su neófito <sup>2</sup>.

Durante su permanencia en Constantinopla trabó íntima amistad con san Gregorio Magno, que entonces estaba allí como Apocrisario del papa Pelagio II. A persuasion suya escribió san Gregorio su célebre exposicion del libro de Job. Por su parte san Gregorio correspondió á esta amistad remitiendo mas adelante á su amigo el pálio, primero y único monumento que acerca de él encontramos en toda esta época <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Véase á Florez, tomo IX de la *España sagrada*, cap. vi, § 23 y sig.

<sup>2</sup> Esta es á la verdad la explicacion que los historiadores dan comunmente al viaje de san Leandro, aunque san Gregorio Magno solo habló en general de asuntos de fe: «Dudum te, frater beatissime, in Constantinopolitana urbe cognoscens, cum me illic Sedis Apostolicae responsa constringerent, et te illic injuncta pro causis fidei Wisigothorum, Legatio perduxisset.» (*Gregorius Leandro, in librum Job*).

<sup>3</sup> Las palabras con que remite el pálio parece que quitan toda duda acerca

Apoderado Leovigildo de Sevilla, hubo san Leandro de salir desterrado: durante su emigracion escribió dos libros contra los Arrianos, manifestando la superioridad del Catolicismo y lo alejados que andaban de la verdadera Iglesia. Otro tratado de polémica, que escribió con el mismo objeto, fue muy aplaudido de su hermano san Isidoro <sup>1</sup>.

En los últimos años de su vida pareció templarse la furia de Leovigildo; quizá cansado de las instigaciones de su malvada consorte, renació en el corazon del padre la memoria del hijo malogrado. A su ojo previsor no se pudo ocultar la degeneracion de su raza y la necesidad de amalgamarse con la vencida por medio de una alianza religiosa. Si hemos de creer á las historias contemporáneas, hubo de presenciar algunos milagros que le dieron á conocer la superioridad de la religion católica sobre el Arrianismo <sup>2</sup>. Aun se le ha llegado á creer convertido al Catolicismo, y recomendando su hijo Recaredo á los cuidados de san Leandro; pero sin atreverse á declarar sus creencias, por temor al puñal de los Arrianos. No me parece muy aceptable aquella creencia, atendido el carácter duro y obstinado del anciano <sup>3</sup>. Mas si fue cierto su deseo de convertirse, para la revolucion

del origen eclesiástico, y no civil, de este distintivo metropolitico. En la carta á san Leandro dice el Papa: «Praeterà ex benedictione Beati Petri Apostolorum Principis pallium vobis transmisiimus ad sola Missarum solemnina utendum. Quo transmissio valdè debui qualiter vobis esset vivendum admonere. Sed locutionem supprimo quia verba moribus antea. » Al Rey le dice: «Reverendissimo fratri, et coepiscopo nostro Leandro pallium à B. Petri Apostoli sede transmisiimus, quod et antiquae consuetudini, et nostris moribus et ejus bonitati, atque gravitati debeamus.» (Véanse estas cartas en Villanuño, tomo I, pág. 153).

<sup>1</sup> En la rápida biografía que hace san Isidoro de su hermano san Leandro traza el juicio crítico de sus obras literarias. «Hic namque in exilii sui peregrinatione composuit duos adversus haereticorum dogmata libros, eruditione Sanctarum Scripturarum ditissimos: in quibus vehementi stilo Arianæ impietatis confundit, ac detegit pravitatem, ostendens scilicet, quid contra eodem habeat Catholica Ecclesia, vel quantum distet ab eis religione, vel fidei sacramentis. Extat et aliud laudabile ejus opusculum adversus instituta Arrianorum... Praeterea edidit unum ad Florentinam sororem de institutione Virginum.» (Loaisa, 764).

<sup>2</sup> Pueden verse recapitulados en el cap. xiii del libro V de la *Historia del P. Mariana*: la mayor parte son citados por el emeritense Paulo Diácono.

<sup>3</sup> San Gregorio (*Dialogorum* lib. III, cap. xxxi) solamente dice, hablando